

Su propuesta de arrojar muñecos desde helicópteros como homenaje a los detenidos-desaparecidos desató la polémica en Argentina

El otro show de Charly

Enrique Symns

Esta semana se suscitó una dura polémica en los medios culturales de Buenos Aires a raíz de las amenazas estéticas de Charly García, quien planificó la utilización de un helicóptero para su intervención en el festival de rock gratuito y al aire libre organizado por el gobierno radical de la ciudad de Buenos Aires. La función del helicóptero consistía en arrojar muñecos sobre el río de La Plata en un recordatorio de las hazañas criminales de los militares, que durante la dictadura (1976-1982) lanzaban al mar a sus víctimas aún vivas utilizando aviones.

El escándalo que se produjo rozó la frivolidad y al mismo tiempo encendió una discusión ética sobre el compromiso de todo artista con las tragedias comunitarias. No sólo se suscitó una acalorada discusión pública en la que participaron sus colegas rockeros, además de escritores y políticos, sino que también despertó las iras de Hebe de Bonafini, presidenta de la organización de Madres de la Plaza. Ella salió al cruce del proyecto considerándolo como una frívola burla al dolor de los familiares de las víctimas y a la memoria de los desaparecidos.

El breve y enojoso duelo de declaraciones entre García-Bonafini puso nuevamente en el tapete la conflictiva relación entre el rock y los derechos humanos en Argentina.

Fue a mediados de 1978 y en el apogeo más cruento de la dictadura militar argentina, que las "viejas locas" (al decir de sus detractores) comenzaron a utilizar todos los jueves la Plaza de Mayo, frente a la Casa de Gobierno, con lluvia o con gases policiales, para organizar contra los militares que habían producido la desaparición de millares de jóvenes en todo el país una forma de protesta anticonvencional, casi sin ejemplos en el mundo.

LAS DENUNCIANTES

Las Madres de la Plaza, como luego fueron conocidas mundialmente, tuvieron siempre su figura emblemática encarnada en la combativa Hebe de Bonafini, quien no sólo gritó a viva voz sus denuncias en las barbas de cuatro dictadores (Videla, Viola, Galtieri y Bignone), sino que tampoco abandonó su puesto de combate durante los jueves de la democracia y tanto Alfonsín como Menem debieron sufrir durante sus gobiernos el asedio justiciero de las madres.

Hebe de Bonafini se fue transformando durante la década del 90 en el mayor referente de credibilidad para toda la sociedad argentina, envuelta en una nube tóxica de corrupción y delincuencia administrativa. Su figura alcanzó un sitial trascendente en la leyenda y no sólo lo visitó la mayoría de los países de occidente (su accidentado viaje a



Charly García durante una de sus últimas presentaciones en Chile. El gran pope del rock argentino, siempre conflictivo y escandaloso.

El músico aparece como una figura frágil y sospechosa impulsado más por sus personales nociones de la estética que por una verdadera identificación con la tragedia de los desaparecidos, más guiado por la necesidad narcisista de reconocimiento que por una decisión de lucha.

Chile terminó con bastonazos por parte de los carabineros), sino que además proyectó a nivel internacional la tragedia de las desapariciones en Sudamérica.

A principios de 1998, para celebrar justamente los 20 años de lucha, las Madres de la Plaza y su principal líder, Hebe de Bonafini, organizaron un megarecital de rock en un estadio donde participaron todas las grandes bandas de la tercera generación musical del género (Los Pijos, Los Caballeros de la Quema, Divididos, Las Pelotas, Todos Tus Muertos y Animal, entre otras). Curiosamente, por primera vez en toda su historia, el rock argentino se comprometió políticamente, no sólo identificándose con los derechos humanos, sino además tirándole un guante al gobierno menemista que siempre se manifestó contrario a todas las acciones de la agrupación de mujeres.

Por el contrario, el movimiento de rock había contraído una deuda histórica cuando en mayo de 1982 los ídolos del rock participaron en el primer gran festival de rock realiza-

do durante la guerra de las Malvinas y organizado por la dictadura militar. Más de 70 mil personas (en aquella época fue una cifra excepcional) asistieron al evento que terminó siendo, lo supieran o no sus participantes, un abierto apoyo al conflicto bélico y a los militares que lo iniciaron. Fue Charly García quien cerró la velada interpretando "Rasguña las piedras" y alcanzando aquella noche, por decreto popular, el sitial de gran pope del rock trasandino.

A medida que Charly García (a quien hace unos días el propio León Gieco, un combatiente de primera línea en el tema de los derechos humanos y gran aliado de Hebe de Bonafini, definió como un "frágil artista egocéntrico") iba decayendo en el nivel creativo de su música fue aumentando los decibeles de su actitud pública protagonizando los mayores escándalos en la historia de la farándula argentina.

Durante el transcurso del gobierno menemista y mientras su colega Fito Páez alcanzaba la cima del éxito, Charly comenzó a aparecer sola-

mente en la sección policial de los diarios: Charly esposado a las rejas de la embajada de los Estados Unidos. Charly perseguido por personal de Toxicomanía en las playas de Villa Gesel. Charly conducido dentro de un chaleco de fuerza a una clínica privada. Charly tomando cocaína sobre el capó de un automóvil. Charly rompiendo los instrumentos en todos los recitales.

DESTINO TRÁGICO

Ese es el más famoso de los Charlys: el que rompe todo. El que tira televisores por la ventana. El que se agarra a trompadas con cualquiera. El que no evita las consecuencias de ser leyenda, el que no se escabulle de la gente. El que te putea si no le gustas. Es el tipo que puedes encontrar caminando por una calle oscura de Buenos Aires un lunes a la noche. Esa inevitable caminata que realiza hacia un destino trágico que a veces parece inevitable.

Fue la propia Hebe de Bonafini hace unos meses, cuanto más aislado y deprimido se encontraba el rockero, quien concurrió a su casa a saludarlo y darle su apoyo. No fue un acto privado, ya que nada de lo que hacen estos dos personajes lo es.

Pero lo cierto fue que la amistad de Bonafini con Charly García cerró un singular sistema de alianzas con el rock que las Madres utilizaron para enfrentar la indiferencia y el descrédito que sufren sus reivindicaciones en el sistema judicial de un país que ha intentado vanamente obviar su pasado. Más que judicial, la batalla que libran las Madres de la Plaza es justamente en el escenario mental de la memoria colectiva, siempre proclive al olvido de sus grandes traumas históricos.

Y en ese escenario, Charly García aparece como una figura frágil y sospechosa, impulsado más por sus personales nociones de la estética que por una verdadera identificación con la tragedia de los desaparecidos, guiado por una necesidad narcisista de reconocimiento y adulación más que por una decisión de lucha y de movilización de la memoria pública.

Tan contradictoria es su postura, que tiempo atrás apareció en una foto junto al Presidente Menem quien, siempre listo a seducir a sus oponentes, le comentó que esa mañana había estado escuchando sus canciones. Ese sobrio pipero bastó para que Charly se olvidara de todas sus posturas existenciales y manifestara cierta simpatía por el mayor enemigo actual de la lucha de las Madres.

Mientras Hebe de Bonafini intenta por todos los medios y utilizando todas las estrategias disponibles a su alcance mantener vivo el recuerdo del genocidio, Charly García sólo parece estar disputando el trofeo mayor en el museo de la fama. La disparidad de ambas intenciones hablan por sí mismas de la calidad espiritual de los implicados en la disputa.